

ban Julia Bustillo, que había trabajado en otro Centro de varones del Opus Dei, y una joven burgalesa, Rosalía López. En los primeros meses de 1946 llegarían María Teresa Alonso y Gloria Gandiaga.

Dora del Hoyo y Concepción Andrés se contaban entre las que se habían trasladado a Bilbao. Durante los meses que siguieron, fueron madurando su decisión de formar parte del Opus Dei, y pidieron la admisión como numerarias auxiliares el 14 y el 15 de marzo de 1946 respectivamente. San Josemaría recibió la noticia con gran gozo, dejando traslucir al mismo tiempo que no era una sorpresa para él: no dudaba de que llegarían en abundancia, porque siempre habría personas, de cualquier extracción social, nacionalidad o raza, que se sentirían llamadas a santificarse en y a través de las tareas del hogar.

Pocas semanas después –el 25 de marzo de 1946– se incorporaba al Opus Dei Antonia Peñuela, que trabajaba en Los Rosales. Dentro del mismo año pidieron la admisión Julia Bustillo y Rosalía López; y, con continuidad, se les fueron sumando otras empleadas. En 1947, con el comienzo del Centro de Estudios para la formación de numerarias auxiliares, el Opus Dei podía continuar con mayor agilidad y eficacia su misión: trabajar en todos los ambientes, siendo fermento de vida cristiana en la masa de la sociedad.

Voces relacionadas: Botella Raduán, Enrica; Fisac Serna, María Dolores (Lola); García Escobar, María Ignacia; González Guzmán, Narcisca (Nisa); Hoyo Alonso, Salvadora (Dora) del; Jorge Manrique, Centro de; Los Rosales, Centro de formación y casa de retiros; Fieles del Opus Dei; Fundación del Opus Dei; Ortega Pardo, Encarnación (Encarnita).

Bibliografía: AVP, I y II, *passim*; Antonio ARANDA, “El bullir de la Sangre de Cristo”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Pamplona, EUNSA, 2000; José Miguel CEJAS, *Vida del Beato Josemaría*, Madrid, Rialp, 1992²; Francisca R. QUIROGA, “14 de febrero de 1930: la

transmisión de un acontecimiento y un mensaje”, SetD, 1 (2007), pp. 163-189; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989.

María Isabel MONTERO
CASADO DE AMEZÚA

MUNDO

1. Amor al mundo creado. 2. Mundo, pecado y redención. 3. Mundo, gracia, santificación y conciencia de sentido.

En la homilía *Amar al mundo apasionadamente* –pronunciada el 8 de octubre de 1967 en Pamplona, en el Campus de la Universidad de Navarra– san Josemaría, remitiendo al mensaje que venía difundiendo a partir del 2 de octubre de 1928, afirmó con fuerza: “Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno (cfr. Gn 1, 7 ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios” (CONV, 114).

Este pasaje hunde sus raíces en la Escritura, reenviando a la narración del Génesis donde se dice que Dios, después de haber creado al mundo, “vio todo lo que había hecho y que era muy bueno” (2 Gn 1, 31). De forma esquemática la enseñanza en él contenida se puede estructurar así: 1) que el mundo es bueno; 2) que es bueno, porque ha sido creado; 3) que no puede salir nada malo de las manos de Dios; 4) que todo lo que es malo y deforme procede de los pecados y de las infidelidades de los hombres; 5) que esta deformación y este mal no pueden justificar la evasión fuera de este mundo; 6) que, además, no

todo es malo, ya que hay múltiples realidades y actividades cotidianas buenas y honestas.

1. Amor al mundo creado

La relación del hombre con el mundo se ha mantenido teológicamente oscura en las culturas extrañas a la Revelación judeocristiana. El mundo, sometido a la ley de la *ananké*, a un destino ciego, estaba abandonado a sí mismo por unos dioses incapaces de vencer la fuerza del destino. La religión, al dar culto a una divinidad lejana y anónima, quedaba relegada al ritualismo, gracias al cual la sociedad podía vivir en un orden que le aportaba una paz relativa. No le quedaba al hombre más que llorar su suerte trágica y “divertirse” en sentido pascaliano, es decir, huir de la dureza de su condición dedicándose a la caza, haciendo la guerra o realizando obras de arte con las cuales, al cantarlo, exorcizaba su malestar.

Por su parte, el pueblo de la Biblia alababa a un Dios que se dirigía personalmente a él a través de los profetas, y finalmente, con la Encarnación del Verbo, haciéndose Él mismo presente y llevando a plenitud la revelación divina. Dios se revelaba no sólo benévolo y atento al hombre, sino que llegaba hasta dar a su Hijo unigénito por amor: el “Verbo se ha hecho carne” (Jn 1, 14) y ha asumido por entero nuestra condición, llegando hasta la muerte. Tal es la realidad inaudita y revolucionaria narrada por el Evangelio. El mundo, que los paganos creían dominado por fuerzas impersonales o abandonado por dioses que habitaban en el empíreo, ¡es visitado por su Creador! Nada de lo que es humano, fuera del pecado, es extraño a Dios hecho hombre en Cristo. El mundo se ha convertido en lugar de encuentro entre el hombre y Dios.

El contexto material de la homilía de 1967 contribuye a subrayar ese sentido teológico de la relación del hombre con el mundo a la luz de la creación divina. Cuan-

do la pronunció, san Josemaría estaba celebrando la Misa en un templo singular, teniendo “un campus universitario por nave y la biblioteca de la universidad por retablo”. En esa Misa, como en todas, se celebraba “el acto más sagrado y el más trascendente” que los hombres pueden llevar a cabo en esta vida: la unión con Dios mediante la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y eso aconteció al aire libre, en el mundo, en medio de edificios y lugares en que el hombre trabaja.

Después de haber dicho –siempre en esa homilía– que “comulgar con el Cuerpo y la Sangre del Señor viene a ser, en cierto sentido, como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo, para estar ya con Dios en el Cielo, donde Cristo mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, ni llanto, ni gritos de fatiga, porque el mundo viejo ya habrá terminado (cfr. Ap 21, 4)” (CONV, 113), san Josemaría prosigue afirmando: “esta verdad tan consoladora y profunda, esta significación escatológica de la Eucaristía, como suelen denominarla los teólogos, podría, sin embargo, ser malentendida: lo ha sido siempre que se ha querido presentar la existencia cristiana como algo solamente *espiritual* –espiritualista, quiero decir–, propio de gentes *puras*, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí” (*ibidem*).

Estas líneas nos transmiten un mensaje de raigambre teológica, preciso y denso. Evocan un doble escollo que hay que evitar: 1) pensar que la vida espiritual sólo se puede desarrollar fuera del mundo, que es rechazado como malo o, al menos, como dañino o poco propio para el desarrollo de la espiritualidad; 2) decidirse a vivir en el mundo renunciando a toda vida espiritual, contentándose con lo inmediato. Tanto en un caso como en otro, se afirma una separación radical sin unión posible entre el

mundo, el hombre y Dios. Estas dos actitudes opuestas son superadas a partir de la consideración del mundo como creado y, en consecuencia, bueno y amado por su Creador.

Se evita así un doble malentendido: a) considerar al hombre como un ser arrojado a un mundo cerrado sobre sí mismo y, en consecuencia, carente de sentido; b) comprender el mundo exclusivamente a partir de la caída, del pecado, sin considerar que ha sido creado por Dios, que es infinitamente bueno y ha dotado a la creación de una bondad que se puede dañar, pero no destruir. Y en consecuencia el cristiano desea “informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura” (ECP, 105).

2. Mundo, pecado y redención

Ciertamente, el pecado es una realidad y las palabras de san Juan permanecen irrevocables: “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la arrogancia de los bienes terrenos– no procede del Padre, sino del mundo. Y el mundo es pasajero, y también sus concupiscencias; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn 2, 15-17). Ese mundo es –comenta san Agustín– el mundo del que no conoce a Cristo ni al cristiano; más radicalmente, el mundo del que “no nos conoce porque no conoce a Dios. El Señor Jesucristo, también él, ha estado en el mundo, él era Dios encarnado, oculto bajo

la debilidad. ¿Y de dónde viene que no le haya conocido? De que él colocaba a los hombres cara a todos sus pecados” (*Comentario a la 1ª Carta de San Juan*, IV, 4).

Es un error grave intentar comprender al mundo partiendo del pecado; pero también lo es intentar comprenderlo sin tener en cuenta la realidad del pecado y sus implicaciones; o sin dirigir la mirada hacia Cristo y su obra redentora. En suma, desde una perspectiva cristiana el mundo debe ser comprendido teniendo presentes a la vez la creación, el pecado y la gracia, ya que esas tres realidades constituyen el entramado de la historia que se desarrolla, bajo la providencia amorosa de Dios, desde el comienzo mismo de la creación.

Reproduzcamos al respecto un texto de san Josemaría, paralelo en algunos aspectos al pasaje de la homilía de 1967 citado al principio: “Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito, que –por obra del Espíritu Santo– tomó carne en María siempre Virgen, para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Ga 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedido a este hombre nuevo, a esta nueva rama de los hijos de Dios (cfr. Rm 6, 4-5), liberar el universo entero del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Ef 1, 9-10), que los ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1, 20). A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo (...). Pidamos hoy a nuestro Rey que nos haga colaborar humilde y fervorosamente en el

divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que el hombre ha desordenado, de llevar a su fin lo que se descamina, de reconstruir la concordia de todo lo creado” (ECP, 183).

En la Sagrada Escritura la palabra “mundo” y otras análogas son usadas en diversos sentidos. En ocasiones indican el universo, la totalidad de lo existente; más concretamente, la totalidad de lo creado por Dios, ya que Dios trasciende el mundo. En otros momentos designan al entorno en el que el hombre vive, o directamente la sociedad humana. Otras veces, a partir de los inicios de la literatura apocalíptica, hablan del mundo desde la perspectiva de la dialéctica entre pecado y redención. Y así hablan de “este mundo” o del “mundo presente” para referirse a la sociedad y a la historia humanas en cuanto marcadas por el pecado y por tanto destinadas a desaparecer cuando venga el Mesías y se instaure el “mundo futuro”. Con Cristo, las cosas y el modo de hablar cambian, porque con Él, Verbo de Dios hecho hombre, el mundo futuro y definitivo ha comenzado. Se distingue, por tanto, no entre dos etapas que vienen una detrás de la otra, sino –los escritos de san Pablo o de san Juan son muy claros en este sentido– entre dos realidades coexistentes o entre dos niveles o dimensiones de la realidad, ya que el mundo del pecado, aunque derrotado en la Cruz, no ha desaparecido y sigue hostigando al cristiano, y el mundo futuro, aunque presente, aún no se manifiesta con toda su plenitud. La situación del cristiano –y del hombre en general– es, por tanto, una situación de tensión y de lucha, ya que, participe de algún modo del mundo futuro o definitivo, debe enfrentarse con los ataques y las dificultades que provienen de la pervivencia del mal y del pecado. De ahí la petición que Cristo dirige a Dios Padre en referencia a sus discípulos: “no pido que los saques del mundo, sino que los libres del mal” (Jn 17, 15).

La tradición teológica ha reflexionado ampliamente sobre esa doctrina neotestamentaria. En ocasiones lo ha hecho desde una perspectiva eclesiológica y de teología de la historia, considerando la distinción y las relaciones entre la Iglesia y el mundo. Las formulaciones a las que se ha ido llegando, han sido numerosas y variadas, pero podemos limitarnos a dos ejemplos de especial relieve: en la época antigua, san Agustín en su *De civitate Dei*, y, en la época contemporánea y a nivel de Magisterio, la Const. Past. *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II.

En el terreno de la teología espiritual también se ha mantenido el modo de hablar bíblico, aunque por lo que se refiere al uso del término “mundo” se utilice en sentido negativo, dejando en un segundo plano la tensión escatológica y acudiendo a la palabra “mundo” para designar directa y formalmente a la sociedad humana en cuanto que en ella está presente el pecado; más aún, en cuanto que, en uno u otro grado, esa sociedad está, en sus instituciones y en sus modos de pensar, impregnada por el pecado e incita a él. El mundo, así entendido, será considerado como uno de los “tres enemigos del alma”, es decir, como una de las fuentes principales –junto a la carne y al demonio– de tentaciones y de incitación al pecado.

San Josemaría se hizo eco expreso de esa terminología en algunos momentos, como en el siguiente punto de *Caminno*: “El mundo, el demonio y la carne son unos aventureros que, aprovechándose de la debilidad del salvaje que llevas dentro, quieren que, a cambio del pobre espejuelo de un placer –que nada vale–, les entregues el oro fino y las perlas y los brillantes y rubíes empapados en la sangre viva y redentora de tu Dios, que son el precio y el tesoro de tu eternidad” (C, 708). Y la presupone en otros lugares en los que acude a la palabra “mundo” para referirse a ambientes en los que imperan actitudes y comportamientos inmorales o, al menos,

superficiales y frívolos (cfr., por ejemplo, C, 185, 482, 633).

No es ése, sin embargo el uso de la palabra “mundo” que predomina en los textos de san Josemaría. Sobre todo importa subrayar que el trasfondo espiritual en que se sitúan sus referencias a la temática a la que ese uso remite, sea en sus escritos sea en su predicación, no está constituido por sentimientos de retraimiento o de pusilanimidad, sino, al contrario, de responsabilidad y de apostolado; dicho con otras palabras, por el deseo de santidad, por la decisión de poner empeño, apoyándose en la victoria sobre el pecado obtenida por Cristo, en santificarse, y no de cualquier modo sino, precisamente, santificando el mundo. Es decir, se trata de permanecer en el mundo, en la vida ordinaria de las hombres, enfrentándose con la tentación o el peligro de la frivolidad (“sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos”: C, 939), y dando testimonio con la propia vida de que, también en medio del mundo –en medio de la calle, como le gustaba decir a san Josemaría–, se puede, aunque no falten defectos y caídas, buscar y alcanzar, con la gracia de Dios, la santidad. “«¡Influye tanto el ambiente!», me has dicho. –Y heube de contestar: sin duda. Por eso es menester que sea tal vuestra formación, que llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar «vuestro tono» a la sociedad con la que conviváis. –Y, entonces, si has cogido este espíritu, estoy seguro de que me dirás con el pasmo de los primeros discípulos al contemplar las primicias de los milagros que se obraban por sus manos en nombre de Cristo: «¡Influimos tanto en el ambiente!»” (C, 376).

3. Mundo, gracia, santificación y conciencia de sentido

La creación es buena. Las infidelidades y pecados de los hombres la deforman, pero jamás podrán convertir en absolutamente perverso lo que, al haber sido

creado por Dios, es por naturaleza bueno. La Encarnación del Verbo –la gracia de Cristo que es una nueva creación– puede devolver toda su bondad a aquello que estaba dañado, incluso profundamente, por la maldad. La gracia es intrínsecamente buena; se puede perder, pero no se corrompe y puede vencer a la corrupción.

San Josemaría se refirió a la Eucaristía como a “la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida” (CONV, 113). Y en todo momento recalcó la trascendencia infinita de Dios: “Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos... Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. –Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! –¡tuyo!– tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía” (C, 432). Palabras que, pasando del plano espiritual al metafísico, pueden llevarnos a evocar un conocido dicho de santo Tomás de Aquino: “el bien de gracia incluso de un solo sujeto es más grande que el bien natural de toda la creación” (S.Th., 1-2, q. 113, a. 9, ad 2).

Con la gracia, que se nos comunica con los sacramentos, y de modo particular con la Eucaristía, se introduce en el hombre una “novedad divina”, con ella se nos da “un principio nuevo de energía, una raíz poderosa, injertada en el Señor” (ECP, 155). El fundamento de la existencia cristiana se encuentra en la Encarnación del Verbo, en el hecho de que Dios se ha hecho presente en el mundo asumiendo una naturaleza humana. Jesucristo, así nos lo narra san Juan, dijo a los judíos: “vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo” (Jn

8, 23). Afirma no ser de este mundo, y lo afirma estando en este mundo. Está en el mundo sin ser del mundo, no sólo porque en Él no hay nada que tenga que ver con el pecado, sino porque es Dios: al encarnarse Dios no se metamorfosea, sino que sigue siendo Dios, perfecto Dios, siendo a la vez perfecto hombre, *perfectus Deus, perfectus homo*, según la expresión del símbolo *Quicumque* citada con frecuencia por san Josemaría (cfr., por ejemplo, ECP, 13).

Esto quiere decir que Dios no se confunde con el mundo, pero a la vez, que podemos encontrar a Dios en el mundo. Que Dios, que se hizo presente en el mundo, no se ha alejado del mundo. Cristo ha vencido al pecado y a la muerte, y, resucitado y sentado a la derecha del Padre, sale a nuestro encuentro actuando en la Iglesia y en el alma. Nos envía el Espíritu Santo y nos comunica la gracia, llamándonos a la comunicación con Él en todo momento, hoy, ahora, mientras estamos en el mundo y somos del mundo, que no es ya un telón oscuro y opaco que impide llegar a Dios, sino contexto y materia de nuestro encuentro con Él.

La teología católica enseña que la naturaleza conserva, aunque oscurecida, su bondad nativa y que el don de la gracia, totalmente gratuito, pero realmente comunicado, nos introduce en la vida de Dios. Y lo hace tanto frente a quienes afirman que la naturaleza está completamente corrompida por el pecado de modo que la gracia no puede sanarla, como a quienes sostienen que la naturaleza es hasta tal punto perfecta, pura y completa, que no necesita recibir de Dios su perfeccionamiento; tanto frente a quienes postulan el absoluto predominio de la pecaminosidad y de la caída, como a quienes viven en la superficialidad y en la dispersión o a quienes conocen la angustia del hombre sin Dios, o a quienes viven el drama de la separación de su causa creadora, de la soledad causada por el espesor de un mundo en el cual está apresado.

En plena continuidad con la tradición católica, y profundizando en ella en virtud de las luces que Dios le comunicó a partir del 2 de octubre de 1928, el fundador del Opus Dei predica que, sin menoscabo de la referencia a Dios, es posible un amor apasionado al mundo, ya que, en Cristo y con Cristo, el mundo ha dejado de ser causa de separación y puede convertirse en ámbito y materia del encuentro con Dios. “Hay *un algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir” (CONV, 114). Ese *algo divino* es Dios mismo, que espera en cada momento –en cada instante, en cada actividad– una respuesta que la gracia hace posible descubrir y realizar.

¿Cuál es el *lugar* de la existencia cristiana?, se pregunta el fundador del Opus Dei en la misma homilía. Enseguida responde: “Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres” (CONV, 113). Y algo más adelante: “No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo decir que necesita nuestra época devolver a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo” (CONV, 114).

Esa superación de los planteamientos que, postulando una absoluta heterogeneidad entre Dios y el mundo, decretan imposible la unión de la criatura con su Creador y Redentor, se manifiesta en san Josemaría de muchas maneras. Por ejemplo, en su afirmación de que Marta y María, la acción y la contemplación, pueden armonizarse en virtud del lazo que une al hombre con

Dios en Cristo, Hijo de Dios hecho hombre para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios. La realidad de la filiación divina del cristiano concilia a la activa Marta con la contemplativa María, la tierra con el cielo. Y lo hace en virtud de una espiritualidad encarnada en lo cotidiano. Ni estar-encerrado-en-el-mundo, confinado en la subjetividad, ni estar-fuera-del-mundo, separado del acontecer, sino estar en el mundo estando a la vez en Dios, actuar en el mundo y saberse amado por Dios y referido a Él. “Hemos de tener presente –escribe san Josemaría– la importancia santificante y santificadora del trabajo y sentir la necesidad de comprender a todos para servir a todos, sabiéndonos hijos del Padre Nuestro que está en los cielos”, hasta unir “de un modo que acaba por ser connatural, la vida contemplativa con la activa” (*Carta 24-III-1930*, n. 10: AGP, serie A.3, 91-1-3; cfr. también AD, 67, 149, 238, 296, 308-309, 316).

Divinizado por la gracia, abriendo por entero su libertad al amor que viene de Dios, el hombre santifica el mundo, de modo que en su corazón se unan el cielo y la tierra, y la vida, toda la vida, acabe estando bajo el signo de una unidad que deriva de Dios. De ahí que san Josemaría proclame: “Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser en –el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales” (CONV, 114).

Parte del pensamiento moderno ha considerado el mundo, bien como repliegue sobre sí mismo y encerramiento en un todo a imagen de un espacio cerrado, bien como una apertura infinita en la línea de un tiempo sin fin. Tanto en un caso como en el otro, el hombre, sometido al “destino”, o libre de “proyectar” una existencia que se cierra sobre sí misma, se encuen-

tra solo, abandonado a sus fuerzas. Existir en el mundo se reduce entonces a actuar, a trabajar y a satisfacer las necesidades que implica el existir. La vida tiene como límite el mundo que nos rodea con todo lo que contiene: desde las realidades más comunes, utensilios, alimentos, etc., hasta los grandes espacios y las simas abismales, todo queda incluido en el sinsentido. Se vive para vivir, se come para continuar viviendo, sin finalidad, sin interioridad, sin un porqué. Todo remite al mero hecho de existir, o a un afán de existir que, en última instancia, se identifica con la necesidad.

Es grande el contraste entre el planteamiento según el cual el hombre ha sido “arrojado” a un mundo carente de sentido, y la concepción cristiana del mundo como realidad creada por un Dios a la vez omnipotente y amante, Creador y Padre. Para el cristiano el mundo no es el horizonte insuperable de una existencia humana cerrada a la trascendencia, sino camino que, en virtud de la gracia de Cristo, puede conducir a la unión con Dios.

A la luz de la fe cristiana, de la verdad exaltante y consoladora de la filiación divina, el hombre se comprende como criatura llamada a santificarse en el mundo, santificando el mundo. El martillo reenvía, de una parte, al clavo, de otra, al mango y éste a la mano, que a su vez reenvía a la inteligencia y a la voluntad. Y a Dios, siempre que, al procurar la perfección de la propia tarea, se busquen la gloria divina, el amor y el servicio. “Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...” (CONV, 116).

Voces relacionadas: Contemplativos en medio del mundo; Lucha ascética; Oración; Pecado; Presencia de Dios; Unidad de vida.

Bibliografía: CONV, 113-123; Gonzalo ARANDA PÉREZ, “Gen 1-3 en las homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, *ScrTh*, 24 (1992), pp. 895-919; Jean-Luc CHABOT, “Responsabilidad frente al mundo y libertad”, en Manuel BELDA PLANS - José ESCUDERO - José Luis ILLANES MAESTRE - Paul O’CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Actas del simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de 1993)*, Pamplona, EUNSA, 1996, pp. 249-275; José Luis ILLANES MAESTRE, *Cristianismo, historia, mundo*, Pamplona, EUNSA, 1973; *Id.*, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001¹⁰ rev. y act.; *Id.*, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; Álvaro DEL PORTILLO, *Le laïc dans l’Église et dans le monde*, Alençon, Corbière et Jugain, 1966; Elisabeth REINHARDT, “La legittima autonomia delle realtà temporali”, *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 15 (1992), pp. 323-335; Pedro RODRÍGUEZ, “La santificación del mundo en el mensaje fundacional del Beato Josemaría Escrivá”, en José Luis ILLANES *et al.*, *El cristiano en el mundo. En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002). XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2003, pp. 47-65.

Hervé PASQUA

MÚZQUIZ DE MIGUEL, JOSÉ LUIS

(Nac. Badajoz, España, 14-XII-1912; fall. Plymouth, Estados Unidos, 21-VI-1983). Uno de los primeros miembros del Opus Dei. Formó parte del Consejo General y jugó un importante papel en la expansión de la Obra en Estados Unidos y en otros países.

José Luis fue el primer hijo de Miguel Múzquiz Fernández de la Puente y de María de Miguel y Martínez de Tejada. Tuvo una hermana, Sagrario, que nació en 1926.

Fue el primer alumno de su clase tanto en Primaria como en Secundaria. En 1930 fue admitido en la Escuela Especial de Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, una de las más prestigiosas instituciones universitarias de España. Durante los años universitarios desarrolló una intensa vida social con sus amigos, y participó en las actividades de la Acción Católica.

Algunos amigos le hablaron de un joven sacerdote, llamado Josemaría Escrivá, al que rodeaba un grupo de estudiantes. Varios de éstos se habían entregado completamente a Dios en el celibato mientras continuaban su vida en medio del mundo. A José Luis le pareció “algo raro y extraño que no podía tener ningún éxito” (COVERDALE, 2009, pp. 6-7). A finales de 1934 o principios de 1935 se encontró por primera vez con san Josemaría. Le impresionó la figura de “un sacerdote joven y alegre que hablaba de Dios y que ganó enseguida mi confianza” (*ibidem*, p. 6). Escrivá le habló con gran convicción de que “no hay más amor que el Amor; los otros amores son amores pequeños”. Sus palabras, recordaba, “le salían del alma, de un alma enamorada de Dios” (*ibidem*, pp. 6-7). Pero, como José Luis le dijo a san Josemaría que él no consideraba que el Opus Dei fuera su camino, el sacerdote se limitó a decirle: “te lo cuento especialmente para que nos encomiendes” (*ibidem*, p. 9).

El inicio de la Guerra Civil española le sorprendió en Alemania. Regresó rápidamente a España y se alistó en el bando nacional. Pensaba que san Josemaría habría sido uno de los miles de sacerdotes asesinados, y que el Opus Dei habría muerto con él. Cuando escuchó que Escrivá había escapado a la zona nacional, se convenció de que la Obra “era sobrenatural y que la quería Dios, cuando así había protegido al Padre y a todos” (*ibidem*, p. 12). Durante el resto de la guerra, visitó cuando pudo a san Josemaría, que residía en Burgos.

El 21 de enero de 1940, pidió la admisión en el Opus Dei. Dos años más tarde,

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.